

Capítulo 4

Siglo XXI: un mundo aún de esclavos libres y amos esclavos

Poco a poco nos vamos adentrando más y más en la dimensión colectiva de la libertad (o corresponsabilidad social) para advertir que las enredaderas de la esclavitud no solo pueden asfixiar las libertades esenciales de los individuos —tan básicas como tener la capacidad de evitar la inanición, la desnutrición, la morbilidad remediable y la mortalidad prematura—, sino que sus pesados y lacerantes eslabones pueden abrazar a toda una comunidad o pueblo, e impedir su desarrollo, al evitar que alcance grados óptimos en la expansión de “libertades instrumentales” (Sen, 2010) tan primarias como tener derechos políticos, servicios económicos, oportunidades sociales, garantías de transparencia y seguridad protectora. De libertades tan públicas como lo pueden ser los derechos a un ambiente sano, a la seguridad nacional, al orden, a la salud, a la ética, a la preservación de zonas naturales y obras antiguas, artísticas o emblemáticas, entre otras.

Tanto el macrosistema social como los sistemas que lo integran (el político, el económico, el educacional, el cultural, el familiar, etc.) “pueden verse” afectados por la privación de sus libertades más esenciales; no así en otras situaciones en las que el sometimiento pasa inadvertido, se encubre, se maquilla o se consiente. En los países dirigidos por dictadores, por citar un ejemplo de esclavitud masiva

que salta a los ojos, las libertades están indiscutiblemente secuestradas. En un gobierno autócrata, los ciudadanos no pueden elegir a su gobernante, ni criticar o investigar a sus autoridades so pena de castigo o muerte; se vive en la más completa zozobra, sin derecho a participar del poder legislativo o a informarse debidamente porque se censuran los medios; los sistemas de salud y de educación se encuentran en el abandono; y mucho menos se pueden obtener prestaciones por desempleo y auxilios en caso de desastres naturales y hambrunas. En conclusión, se da una relación con mínimos grados de confianza y, en la peor de las circunstancias dictatoriales, esta cuenta con la ayuda de un número importante de ciudadanos cegatones rendidos a los pies del tirano, endiosándolo y conformándose con sus migajas, venerándolo entre el temor y la frustración, entregándole el sagrado valor de sus individualidades.

Empero, lo anterior no es más que un caso ubicado en un extremo del espectro de las dominaciones, una cuestión de represión muy notoria que por su aberrante excentricidad pudiera hacer creer que es una problemática distante, ajena a nuestra realidad¹²; solo que la banda espectral de la esclavitud es tan amplia, variopinta y gradual que, sin percatarse los ciudadanos de ello, pueden encontrarse en un nivel de subyugación similar o en transición de estarlo. Obsérvese que las características despóticas pueden hallarse matizadas en la cotidianidad de un Estado oficialmente democrático: un poder legislativo supeditado a los guiños del ejecutivo; las fuerzas de seguridad cubiertas por mantos de duda y

¹² A menos de que se viva en alguno de los países que padecen una dictadura. “De las 167 naciones del informe [*The Economist*, 2016], 19 tienen democracias plenas, 57 democracias defectuosas, 40 regímenes híbridos y 51 regímenes autoritarios” (Infobae, 2017).

recelo; la información pública amañada; escasas oportunidades en la utilización de los recursos económicos para consumir, producir o realizar intercambios transaccionales; restricciones a la protesta pacífica; trámites engorrosos para acceder a los servicios de salud, lo que agrava los cuadros clínicos y ocasiona muertes evitables y prematuras; sin prestaciones por desempleo y empleo público de emergencia para los pobres; desigualdades de género a granel... Y para colmo de males, una mayoría ciudadana prisionera de la indiferencia y la credulidad, conformista, heterónoma y sin memoria, dispuesta a que sus gobernantes cleptócratas pisoteen sus derechos a cambio de seguridad y auxilios legales —“el trueque de una esclavitud por otra” (Freire, 2005)—, dejándose arrastrar por fuerzas políticas titiriteras. Sin embargo, es pertinente hacer aquí un justo paréntesis, pues muchas personas han dado signos valiosos de no estar dispuestas a aceptar este deshonroso canje. Para la muestra una prenda histórica digna de mención:

57

Histórico hecho ocurrido el 23 de enero [declarado Día Mundial de la Libertad] de 1954, cuando más de 14 000 prisioneros de guerra chino-comunistas y norcoreanos capturados en la Guerra de Corea, se negaron a ser repatriados y manifestaron su deseo de escoger la libertad en otro país (...). En esos momentos, tuvieron que hacer una difícil elección, entre abandonar a sus familiares y seres queridos, o retornar a vivir bajo un régimen de dictadura y opresión. Todos decidieron abandonar el régimen socialista y acogerse a una forma de vida libre y democrática. (Efemérides, s.f.)

Ni hablar de los demás sistemas, en ellos también se aprecia la esclavitud moviéndose a hurtadillas: la cantidad de núcleos educacionales especializados en cortarle las alas a sus iniciados es superlativa, en donde la imaginación y la originalidad son atadas de pies y manos por métodos educativos impositivos, acríticos y anacrónicos; padres que constriñen la autenticidad de los jóvenes encasillándolos en *sus* planes futuros; hogares que viven en continuas declaraciones de guerra; un sinnúmero de personas en el planeta encalabozadas en las costumbres inmovibles de su región, sometidas por tabúes que avalan la discriminación social, el machismo, el maltrato hacia las mujeres y los niños, que convierte a estos en mercancías y objetos sexuales sin voz ni voto, sin derecho a tomar otros rumbos; culturas con rituales salvajes en las que cientos de nobles animales son torturados, obligados a nadar en su propia sangre... todos ellos pueblos atascados en el tiempo y embebidos en sus dogmatismos. Cuántos ingenuos no caen a diario en manos de grupos sectarios y religiosos explotadores para quienes sus adeptos no son más que idiotas útiles; el número de analfabetos científicos en el mundo continúa siendo ampliamente mayoritario, convertidos en presa fácil de las pseudociencias y las supercherías; las víctimas del influjo de medios de comunicación desinformadores, sensacionalistas, obscenos, banalizadores y creadores de necesidades superfluas, para quienes los lucrativos niveles de audiencia lo son todo, son innumerables; pululan los trabajadores amargados, emparedados en un oficio que no les satisface (cuántas organizaciones o sistemas económicos deshumanizados y despilfarradores utilizan a los empleados como meros peones para sus ambiciosos propósitos personales); proliferan sin cesar

los políticos arribistas atrapados en el poder conquistando conciencias mediante falsas promesas; comunidades condenadas a la penitenciaría del abandono estatal; mares de gentes enfrascados en la sumisión, la apatía y el individualismo, todos ellos metidos en el bolsillo de oscuros gobernantes, zánganos de cuello blanco con políticas al servicio de pulpos empresariales hambrientos de dinero, en detrimento del progreso de sus pueblos, del ecosistema, la salud y la educación, para quienes la libertad del pez grande es la muerte del pez chico. Son incontables los humanos que caen prisioneros del “qué dirán”, de la etiqueta, el estatus, la moda y la fama, presidiarios del consumo, la envidia y la acumulación —por eso hay esclavos libres y amos esclavos: Epicteto fue más libre que su amo; Diógenes, el vagabundo de Sínope, fue mucho más soberano que el rey Alejandro Magno...—. En suma, la lista de “carceleros” y “prisioneros” en el orbe es atroz.

59

Las injusticias en la Tierra no dan tregua, y aquello de que “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos” (ONU, s.f., p.2), expresado en la Declaración Universal de Derechos Humanos, se torna cada vez más en un mero subterfugio retórico:

el 1 % de la población con mayor nivel de riqueza es dueña de alrededor del 40 % de los activos a nivel mundial, mientras que la mitad más pobre no tiene más de un 1 por ciento; más de 1200 millones de personas viven en la extrema pobreza; en la mayoría de los países en desarrollo, las mujeres rurales aún son hasta tres veces más propensas a morir durante el parto que las mujeres que viven en centros urbanos; más del 75% de la población mundial vive hoy en sociedades donde la desigualdad en la distribución de la renta es mayor que hace

dos décadas; los niños que viven en las zonas urbanas tienen un 30 por ciento más de probabilidades de completar los estudios primarios que los que viven en zonas rurales; la protección social se ha extendido, pero la probabilidad de que las personas con discapacidad incurran en gastos de salud catastróficos es hasta cinco veces mayor que la media [...]. (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2013). Hasta finales de 2016, hubo 40,3 millones de personas desplazadas internamente por conflictos y violencia en 56 países y territorios (...) Esto equivale a una persona obligada a huir de su hogar cada segundo (IDMC y NRC, 2017, p.1) Una de cada nueve personas en el mundo padece hambre y una de cada tres, malnutrición (...) En todo el mundo mueren al día 18 000 personas debido a la contaminación atmosférica (...) el VIH infecta a dos millones de personas al año (...) solo entre el 10% y el 20% de los propietarios de tierras en los países en desarrollo son mujeres (...) Más de 370 millones de personas que declaran ser indígenas en 70 países también sufren discriminación y exclusión en el marco jurídico y en el acceso a la educación en su propio idioma, a agua, a los bosques y a los derechos de propiedad intelectual. Se calcula que más de mil millones de personas viven con alguna forma de discapacidad y están entre las más marginadas en la mayoría de sociedades. Se enfrentan al estigma, a la discriminación y a entornos físicos y virtuales inaccesibles. En la actualidad, 244 millones de personas viven fuera de su país de origen. La mayoría son refugiados económicos que tienen la esperanza de mejorar sus medios de vida y enviar dinero a sus hogares, pero muchos migrantes, especialmente los 65 millones de desplazados forzosos del mundo, se enfrentan a condiciones extremas, como la falta de empleo, de ingresos y de acceso a servicios sanitarios y sociales más allá de la asistencia humanitaria de emergencia. A menudo, sufren acoso, animosidad y violencia en los países de acogida. (PNUD, 2016, pp. 5 y 6).

Pero remitámonos a la realidad más próxima, América Latina. Si bien su índice de desarrollo humano (IDH) ha mostrado un crecimiento significativo en los últimos años —ocho economías se encuentran entre las 25 en desarrollo con mayores tasas de crecimiento en su ingreso per cápita, así como entre los quince países que registraron los avances más notables en el IDH entre 1990 y 2012 (PNUD, 2013)—, la inseguridad, la desigualdad y la inmovilidad social se han convertido en epidemias que han estado avasallando a los individuos, infectando el tejido social y sus instituciones, aprovechando la pobreza de sus gastadas políticas:

Entre 2000 y 2010 la tasa de homicidios de la región creció 11 %, mientras que en la mayoría de las regiones del mundo descendió o se estabilizó. En un decenio han muerto más de un millón de personas en Latinoamérica y el Caribe por causa de la violencia criminal; los robos se han casi triplicado en los últimos 25 años; en un día típico 460 personas sufren las consecuencias de la violencia sexual, la mayoría mujeres; en 11 de los 18 países, la tasa es mayor a los 10 homicidios por cada 100 000 habitantes; 8 de cada 1000 ciudadanos afirman haber sido víctimas de la extorsión; entre 2009 y 2011 catorce países (Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, El Salvador, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y República Dominicana) presentaron 18 423 casos de secuestro, lo cual equivale a casi 17 secuestros al día (2013); en términos comparativos algunas estimaciones indican que 5 de los 10 países con más secuestros en el mundo están en América Latina (Ikv Pax Christi, 2008); el Banco Mundial calcula que la corrupción absorbe alrededor del 9 % del PIB regional; aunque se suele ligar la inseguridad con la ausencia de instituciones, hay evidencias de que en varios países de América

Latina funcionarios públicos y autoridades electas han desarrollado vínculos con los grupos criminales (Arias, 2006; Bravo y Maldonado, 2012; Garay y Salcedo-Albarán, 2012); las Policías se encuentran entre las instituciones menos valoradas y con menores márgenes de confianza entre la población joven. (OIJ, 2013)

62 Pero supóngase por un momento que los férreos pernos de todos estos grillos cedieran un poco, que los índices de criminalidad, pobreza, morbilidad, corrupción y demás factores estranguladores descendieran a niveles ejemplares y el sujeto corriente pudiera ahora transitar sin temor, con mayores oportunidades de estudio y de empleo, y la confianza en las instituciones y autoridades recobrada, entre otras necesidades satisfechas... Se tendría, en consecuencia, un mayor bienestar. Sin embargo, es factible que para la mayor parte de estos hipotéticos “libertos” contemporáneos este amplio margen de independencia les trajera más problemas, ya que esta nueva circunstancia no garantiza que el sujeto le dé un manejo adecuado a las libertades obtenidas; podría pasarles algo similar al prisionero francés de la Bastilla, que al no saber qué hacer con la libertad ofrecida querría volver a su acostumbrado calabozo, donde se sintiera seguro; o quizá les conduzca a cometer más equivocaciones, al desenfreno y la imprudencia, hasta caer de nuevo en el caos o en alguna otra forma de esclavitud. Así es, la libertad tiene su propia disciplina: a mayor libertad, mayor responsabilidad ética consigo mismo y con el medio; implica una respuesta —ojalá formada, pensada y previsorá— acorde con la situación, en la que se pueda reconocer hasta qué punto y de qué manera contribuyen nuestras acciones a la construcción o la

destrucción y se asuma de este modo la consecuencia de los actos. Por eso también deba decirse: a mayor razón mayores rangos de libertad.

A la postre, este es un mundo transformado poco a poco por sus creadores en su propia bartolina; en el que abundan géiseres de dinámicas sociales aún propicias para que aquellos conciliábulos de layas liberticidas —reductores de derechos, de espacios de libertad, opciones, recursos y capacidades necesarios para llevar una vida digna— se puedan abrir camino. Un escenario planetario en el que muchos de estos cuerpos guardan algo en común, esto es, que están encadenados en sí mismos y juran que sus pensamientos, deseos y sentimientos son verdaderamente suyos, no producto de la voluntad de otros cuerpos y prácticas instauradas. Por ello el magnate no es más que un adicto al poder, influenciado por otros lacayos adoradores del poder y sus pompas. Muchos son los que suponen ser libres en sus respectivas esferas —de apariencia segura—, pero no es más que una adaptación, una fachada, un delirio; en verdad son sonámbulos aferrados a su esclavitud siguiendo a otros autómatas sin identidad que tampoco saben lo que quieren, solo son lo que otros esperan que sean, porque les asusta en verdad ser libres, pues esto les acarrea mucha responsabilidad: ¡les implica cambiar! Y todo cambio exige esfuerzo, autocrítica, abnegación e innovación —destruir y crear es de lejos más fácil que crear y pensar—; por eso les exaspera, porque esto de transformar(se) es demasiado para quienes están adiestrados y conformes con dejarse arrastrar por las fuerzas mundanas y los instintos... ¿Pero de qué fuerzas subterráneas y manipuladoras está hablando el cuerpo?

